

Encuentros psicoanalíticos

Relato correspondiente al 22 de noviembre de 2014

En la primera parte de la jornada, Ramiro Ramírez expuso su elaboración acerca del masoquismo en las imágenes religiosas, sosteniendo la idea según la cual en dichas imágenes el masoquismo no tiene que ver con la perversión, sino que, más bien, tiene algo de caricaturesco, pues la economía del dolor se aproxima a la economía de los bienes. En palabras de Lacan, el dolor es un rasgo de estructura, es un hecho que encubre un decir. De donde no de otro modo se atempera el sufrimiento sino haciéndole decir su verdad. Se trata por tanto, desde la perspectiva psicoanalítica, de mirar el masoquismo siempre en relación con el goce que hay en ese discurso.

En el masoquismo que exhiben las imágenes religiosas, en ese teatro de la crueldad que llegan a constituir, se trata del goce por medio del sufrimiento. Por ello, el cuerpo tiene un lugar central en el cristianismo, así se explica el uso característico de los cilicios, las piedras en los zapatos, la flagelación, y demás prácticas de auto tortura, al término de las cuales no sólo el cuerpo adquiere el aspecto de muerto viviente, sino que también el asceta se revela como cazador de lo abyecto y como esclavo del propio placer.

Pero no se llega a este exceso sin tener en el horizonte el objeto mismo del cristianismo, a saber, el cuerpo de Cristo: machacado, lacerado, sangrante y crucificado. El cristianismo toma ese cuerpo sufriente o se relaciona con él bajo la forma de la adulación: besar la llaga¹. Pero se trataría de una adulación con sed de trascendencia, puesto que el santo busca ser santo precisamente para escapar de la nauseabunda putrefacción del cuerpo de Cristo.

¹ Pero también bajo la forma de la imitación más rotunda en la experiencia mística de los estigmas directamente recibidos, o como calcados, del cuerpo de Cristo. Véase la rica tradición artística tejida alrededor de los estigmas de San Francisco de Asís, en la cual se destacan Giotto, Fra Angelico, Murillo, El Greco, Rubens, Zurbarán, Caravaggio... (nota de la relatora)

En segunda instancia, y con el ánimo de ampliar la perspectiva sobre el masoquismo, Ramiro propone que veamos a continuación la película *La Venus de las pieles*, dirigida por Roman Polanski (2013), protagonizada por Emmanuelle Seigner y Mathieu Amalric, con la música de Alexandre Desplat.

En esta película el director polaco incursiona una vez más en el género del teatro, logrando un resultado tan fantástico y vertiginoso como el obtenido en el 2011 con *Un Dios salvaje (Carnage)*, cuando se inspiró en la obra homónima de Jazmina Reza. En esa ocasión quedó claro que no se arredra con los espacios y que puede llevar al límite las situaciones más intensas en el reducido espacio de un apartamento y con solo cuatro personajes. En *La Venus de las pieles* lleva el reto más lejos: encierra a dos personajes en un teatro durante 96 minutos en los cuales la exasperación, la tensión, la ironía, el erotismo y el humor negro contribuyen para crear una atmósfera en la que se borra la frontera entre la ficción y la realidad y donde el sometimiento, la humillación y el dolor terminan siendo pactados y consentidos hasta extremos insospechados.

Se trata no sólo del teatro en el teatro, pues Polanski lleva al cine la adaptación que hiciera el dramaturgo norteamericano David Ives (2010) de la novela *La Venus de las pieles*, escrita por el austriaco Leopold von Sacher-Masoch en 1870. Allí, con trasfondo autobiográfico, se narra con todo detalle la historia, escandalosa para la época, del distinguido aristócrata Severin von Kushemski y Wanda von Dunajew, una relación o pacto sostenido en la dominación sexual, donde el hombre entrega su voluntad y su identidad y se dispone a gozar del dolor en el sometimiento, los azotes y la degradación. Lo interesante de la adaptación que hace Ives y que retoma Polanski es que la teatralización de la historia permite difuminar el límite entre la realidad y la actuación, o, más bien, cada uno actúa su vida misma y transita inevitable y gozosamente de una posición a la contraria.

Polanski nos presenta pues al ofuscado director y dramaturgo Thomas Novachek, quien al final de una tortuosa jornada de audiciones no concibe que no exista una actriz capaz de encarnar el papel de Wanda Dunajew, pues todas las aspirantes son frívolas e incultas jovencitas incapaces de

pronunciar correctamente “inextricable”... En ese momento incursiona de forma aparatosa y en total destiempo Vanda Jourdain, una supuesta actriz que apenas ha hecho el estupendo papel de Heda Gabler... Implora una oportunidad para ese papel de Wanda, que según ella es un poco subdito, sexista y “sadomaso”... A regañadientes, Thomas permite no solo que Vanda haga la audición sino que también se presta para hacerle la réplica. Pero basta que ella empiece su interpretación, y Thomas ya está cautivo, basta que empiece a hablar como Wanda y él ya no será más Thomas haciendo la réplica sino Severin: extasiado ante la *Venus del espejo*, de Tiziano, ahora rediviva y a un metro de distancia, que por demás, se sale de la obra para decir de forma abrupta que esa Venus está “bastante manoseada”, tanto como el libro de *Fausto*, de Goethe, donde está la copia de la Venus como marcapáginas, y en cuyo reverso se lee este poema:

*Amar y ser amado,
Oh, qué delicia
Sin embargo, mayor es la dicha
Del tormento que me consume
El beso de esa mujer que hace de mí
Su juguete
Su esclavo miserable y servil,
Su reposapiés.
Mi diosa, mi dictadora
Mi Venus de las pieles.*

“Son sentimientos interesantes, y si yo fuera usted, tendría mucho cuidado con ese marcapáginas.” ¿Quién es la que dice esto? ¿Wanda o Vanda? Pero aquel hombre confuso Venus es aquella que sólo puede reinar sobre esclavos... Ahora, Severin – Thomas mismo, es un heredero o amante innato de las pieles, pasión que a todos nos otorga la naturaleza... Eso lo explicaría todo, dice la mujer, pero él precisa: “todos somos fácilmente explicables, pero somos inextricables”, es decir, “la vida nos hace ser como somos”

“Se acabó la página tres”, exclama la mujer, como diciendo ¡¡CORTE!!, y Thomas está perplejo, inextricable, pillado en su deseo.

Pondré la suite lírica de Alban Berg en las transiciones, dice el hombre, y ella responde: “No la conozco, pero genial”. Como de casualidad, ella trae

un saco de la casa de la casa Siegfried Müller (Viena, 1869), que casualmente le ajusta perfectamente a Severin-Thomas

–“Inextricables... la vida nos hace ser como somos en un instante imprevisible.”

–“¿Ha vivido un instante así?”

–“Yo era un niño cruel, martirizaba a la servidumbre y al gato”, hasta una noche, su tía, ataviada con su larga pelliza de zorro negro de Rusia, llevaba una vara de abedul, va con la cocinera y la doncella, se quita las pieles, y se dispone disciplinar al “niño incorregible”, como diría Foucault: las otras mujeres lo sujetan sobre la pelliza y se burlan de él llamándolo “niñita”, y la tía implacable azota sus nalgas desnudas hasta causarle un terrible ardor, fue preciso suplicarle que se detuviera por piedad. La tía le hace pedir perdón de rodillas y besarle los pies... “En ese momento, ella hizo de mí el hombre que soy. Y desde entonces, las pieles no son simples pieles, ni una vara de abedul es una simple vara. Mi tía me enseñó lo más importante: que no hay nada más sensual que el dolor y nada más excitante que la humillación.”

–“No te gustan las mujeres sino las pieles, deberías casarte con una nutria.”

–“Cuidado con lo que desees, nunca estás seguro en las manos de una mujer.” Resulta pues que se cumple la sentencia bíblica que abre el libro de Sacher-Masoch: “Y Dios lo castigó poniéndolo en manos de una mujer” (Judith, 16, cap. VII)

Para terminar, Ramiro Ramírez puntualiza que tanto en el masoquismo como en la experiencia mística, el asunto central no es la perversión sino ante el goce, el llamado plus de goce. Se sugiere para el encuentro del 31 de enero iniciar la lectura del texto de Gilles Deleuze *Presentación de Sacher – Masoch, lo frío y lo cruel* (Buenos Aires, Amorrortu editores, 2001)

Relatora

María Cecilia Salas Guerra

